

En un erudito artículo R. T. Zuidema comentó el trabajo de Duviols y amplió algunas consideraciones sobre el simbolismo de Punchao, de sus elementos integrantes y su relación con la cosmovisión andina, el sistema de los ceques y la astronomía Inca (Zuidema 1974-1976). Zuidema utilizó las fuentes históricas que se refieren a la aparición del sol en Susurpuquio, y otras que pueden relacionarse con aquella. Sus aportes resultan útiles para ampliar algunos de nuestros planteos y para formular nuevas hipótesis y comprender la interrelación estructural de los atributos solares. Una de las conclusiones de Zuidema es de gran interés: «... La imagen de la fuente de Susurpuquio representa al dios Tici («Origen, fundamento») Viracocha Pachayachachi, «el creador del Mundo», «el verdadero sol» (Zuidema, op. cit. 216). Si aceptáramos esta conclusión la referencia de *caylla* = *caylle* aplicada a las placas como atributo de Viracocha se vería reforzada.

La identificación de Viracocha como «verdadero sol» nos lleva a otro problema y es el que se refiere a las diversas manifestaciones de la deidad solar, cuyos nombres y atributos pueden variar según las circunstancias.

Demarest ha hecho un cuidadoso análisis del origen, significado y atributos de la deidad solar y sus relaciones con las otras deidades del panteón incaico y Viracocha en especial (Demarest 1985). Ha utilizado entre otros también el trabajo de Zuidema, comentado por nosotros (op. cit. 26-27) y la mayoría de las fuentes históricas. Sus hipótesis y conclusiones son de importancia en lo que respecta al contenido intrínseco del Gran Dios Celeste del panteón incaico (op. cit. cap. 2), sus divisiones principales y las variantes identificatorias por los Incas que presenta la deidad solar, ya en los cambios diarios, de su recorrido, como en su ciclo anual, identifica así a Viracocha y Apu-Inti con el solsticio de verano (Capac Raymi) y a Punchao, el joven sol con el solsticio de invierno (Inti Raymi) (op. cit. Fig. 4; p. 12ss.). Habría así una diferencia bastante marcada entre una y otra manifestación de la deidad solar. De qué manera se expresaban esas diferencias en las imágenes, es otro difícil problema. Aquí nos atenemos a la descripción concreta de Punchao y apuntamos las similitudes que tiene esa imagen con los discos complejos del Período Medio.

Pero identifiquemos o no la placa del personaje de «las manos vacías» con la representación específica de Punchao, hay otros puntos en el trabajo ya mencionado de Zuidema que aportan informaciones importantes para nuestra interpretación iconográfica con una deidad solar como las del rol del puma en el ceremonial religioso y en los ritos de iniciación en el incario. Estas informaciones pueden, a su vez, orientarnos sobre algunas de las variantes que muestran las placas del Período Medio. Una de las variantes más interesantes entre las placas metálicas, representa una figura humana provista de una gran máscara felínica (No. 340). La utilización de pieles de puma y sus cabezas completas eran usados como máscaras en los ritos de iniciación Incas, según lo expresan una serie de cronistas glosados en el artículo antes mencionado (op. cit. 206, 207). Junto con esas pieles y cabezas entera de leones se utilizaron unas maromas que representaban claramente a una serpiente (idem 206).

Todos estos ritos con pieles y cabezas de puma, con serpientes y tambores simbólicos, tenían un profundo sentido en relación con la fertilidad y la deidad solar (op. cit. 209).

Resulta de gran interés este vínculo general del felino puma y la serpiente en los ritos de fertilidad practicado por los incas que al igual que el simbolismo figurativo de Punchao debieron ser muy antiguos según la amplia distribución arqueológica de sus atributos en la región andina. También las placas metálicas del Noroeste Argentino estaban relacionadas íntimamente con las cosechas y la fertilidad. Las evidencias aportadas por las crónicas y por la información del cacique araucano Aucapán, son bien claras en este sentido. El problema específico de qué es lo que representan las imágenes de ahora más posibilidades de ser interpretadas. Por supuesto que estos ritos de iniciación de la nobleza y de la fertilidad eran sólo privativos de las élites inca y se realizaban únicamente en el Cuzco; en el área marginal el culto tuvo otras manifestaciones distintas. Pero estas expresiones cúlteras y simbólicas del incario debieron tener raíces muy antiguas en las creencias andinas, y es en ese remoto común

origen que deben buscarse las similitudes y variantes que encontramos entre los motivos de las placas y sus análogos, que perduraron en el incario.

13.3. TIAHUANACO, INCAS Y EL SIGNIFICADO DE LAS PLACAS DEL NOROESTE ARGENTINO Y NEUQUEN (Ver lám. 55,8)

Establecida la semejanza entre las representaciones gráficas de las placas complejas del Período Medio y las de la imagen incaica de Punchao, descartada toda coincidencia fortuita por la complejidad y el número de signos componentes, quedan por explicar las posibles relaciones genéticas de esos elementos.

El disco de Lafone Quevedo debió ser fundido entre los años 600 y 700 de la e.C., siendo la primera fecha la más probable. En cambio la descripción de Punchao corresponde a la deidad en vigencia en el momento de la conquista hispánica. Hay una diferencia temporal entre uno y otro que oscila aproximadamente entre un milenio y 750 años. La distancia geográfica es superior a los 1500 kms en línea recta según ya dijimos. Actualmente el conocimiento de la arqueología y la historia andina permiten explicar estas diferencias geográfico-temporales, remitiendo las semejanzas apuntadas a una génesis común de las ideas que originaron esas imágenes.

Actualmente la gran mayoría de los investigadores parecen estar de acuerdo en que la cultura inca tiene sus raíces en la cultura Tiahuanaco⁷. El centro fundamental de ésta última se sitúa en el lugar homónimo a orillas del Titicaca. Sería muy largo enumerar la lista de elementos incas que pueden trazarse hasta sus raíces tiahuanacotas, expuestas ya desde la época de Max Uhle. Entre éstos debieron estar el conocimiento de la organización estatal y elementos básicos de la religión. Respecto a este último punto existen, sin embargo, opiniones diferentes; hay quienes se inclinan a creer que el culto solar fue una invención fundamentalmente incaica, tal como propone Pease (1973). Otros creen que Viracocha es un antiguo dios altiplánico y aparece representado en los monumentos de Tiahuanaco. La extensión geográfica del mito de Viracocha fue muy amplia en el Altiplano Andino, tanto que habría sido conocido aún en territorio chileno en etapas preincas según una referencia recogida en épocas tempranas por Gerónimo de Bibar (Bibar 1957, 40). No entraremos aquí en el difícil y debatido problema de la existencia o no del «gran dios creador andino» envuelto en la polisemia de sus nombres y de sus polifacéticas imágenes. La bibliografía es muy rica a este respecto. Y estaba planteada en los viejos trabajos de Uhle, Barranca y Patrón (Valcarcel 1912), lo mismo en Lafone Quevedo (1892). Lehman Nitsche resumió hace años lo conocido hasta entonces sobre las interpretaciones acerca de Viracocha (Lehman Nitsche 1928, 55 y ss.). En trabajos más recientes se vuelve sobre el viejo y complejo tema (Imbelloni 1979; Rowe 1960; La Barre 1948; Duviols 1976, 1977; Pease 1973; Zuidema 1970, 1974; Urbano 1981; Demarest 1981; Molinié Fioravanti 1988; Urton 1981; Gisbert 1980; Szeinski 1987); sólo señalaremos que la gran extensión del culto solar en las religiones precolombinas, lo mismo que algunos de sus atributos regionales, apuntan hacia una antigüedad muy remota de la misma (Mariscotti 1978, 195).

En la lám. 55,8 hemos graficado lo que creemos es la dispersión geográfico-temporal de las ideas básicas contenidas en las placas; lo que se explica por las similitudes de sus representaciones y su dis-

⁷ Creemos que pese a todos los trabajos realizados y a la cantidad de fechados radiocarbónicos mencionados en la literatura, se hace sentir la falta de una buena cronología para las distintas fases de Tiahuanaco y sobre todo, una descripción pormenorizada de los elementos que integran los contextos de esas fases.

tribución histórica, sin desmedro a que los diferentes medios culturales adaptaran a su propio contexto esas ideas a medida que las iban incorporando y asimilando.

Las ideas centralizadas y dominantes de una deidad solar, cuyas raíces estaban en cultos agrarios más antiguos y generalizados, debieron aparecer en Tiahuanaco III o IV o aún antes, a partir de su consolidación como un gran señorío o la formación del estado, momento de aparición del estilo escultórico Yaya Mama (ver cap. 14). Este contenía ya los atributos de la deidad solar que veremos luego en diferentes regiones andinas. No sabemos si fue la propia cultura Tiahuanaco o la de Huari que sirvió de transmisora directa de estas ideas a los grupos cuzqueños hacia el siglo 13 de la e. C., lo importante es que estas creencias religiosas están atestigüadas por las fuentes históricas y la descripción de la representación de las deidades, como sucede entre otras con la descripción de Punchao, el que perduró hasta el último cuarto del siglo 16 en Vilcabamba (lám. 55,8 Nos. 1,2).

Ideas y aún imágenes similares a las proyectadas desde la región Titicaca hacia el Norte (lám. 55,8 Nos. 1 a 2) se expandieron también hacia el Sur (Nos. 1 a 3) de la lám. 55,8), concretándose en el disco de Lafone Quevedo (siglos 7-8 d.C.); el mismo pertenece a la cultura de La Aguada, la que presenta diferentes variaciones regionales (Septentrional, Oriental y Austral) y la que debe su origen, y esencialmente su iconografía relacionada con los aspectos religiosos, a influencias emanadas de la región circuntitacaca y específicamente de las diferentes etapas de Tiahuanaco. El autor se ha ocupado del tema desde hace años (González 1961-64). Esas influencias pudieron seguir dos vías: una desde San Pedro de Atacama a la región Valliserrana, para la que se han acumulado muchas pruebas en el transcurso del tiempo (Berenguer 1985). Otra, más directa, desde el Titicaca al Norte Argentino, es sugerida por Broman (Broman 1978).

No sabemos si ambas rutas de influencias coexistieron o si se trata de influencias llegadas en épocas distintas al desarrollo de la cultura Tiahuanaco, según lo sugieren algunos hallazgos (González 1985, 294). Las primeras influencias de Tiahuanaco en el Noroeste Argentino estarían ya en la cultura Condorhuasi, casi al comienzo de la era Cristiana⁸ y traen entre otros elementos en un primer momento las placas ovales, las que son idénticas aún en sus variantes entre una y otra región. Influencias religiosas algo posteriores (después del 600 d.C.) debieron ser las que trajeron el culto y la técnica que da origen a las placas con la imagen reproducida en el disco de Lafone Quevedo. Posteriormente esa idea religiosa sufrió cambios progresivos. Así en la cerámica Aguada policroma se reproduce un gran rostro antropomorfo de grandes orejas y que tiene a su alrededor un reptil de doble cabeza monstruosa. El personaje central ha sido reemplazado por una única cabeza; los felinos han desaparecido y la serpiente bicéfala se origina no en la espalda del personaje central sino a partir de su base (ver González 1977, Fig. 153). En Tiahuanaco se ha encontrado, al parecer una sola placa metálica, ésta es probable que tuviera su origen en el Noroeste Argentino más que en Tiahuanaco y que todo parece indicar que el centro de creación y fabricación de las placas fue el Noroeste Argentino (pieza No. 339).

Nos queda aún por saber el lugar exacto donde se vaciaron las placas de Cochabamba y del Beni. Pero sin el estudio metalográfico completo de esos especímenes es muy difícil poder adelantar nada sobre el lugar donde fueron fundidas. Por otra parte se trata de placas procedentes de regiones cuya arqueología es poco conocida. De cualquier manera esos especímenes se asemejan o son idénticos a

⁸ En los últimos años han aumentado considerablemente nuestros conocimientos sobre las influencias Tiahuanaco en la región Valliserrana. En la fase Diablo (Condorhuasi I) hay ya copias en cerámica de los típicos keros con rostros antropomorfos, fabricados en oro. Las influencias continúan hasta cristalizar en la cultura de La Aguada con múltiples evidencias. En la provincia de Jujuy se han hallado estos keros de oro al parecer importados directamente de Tiahuanaco. Se conocen por lo menos seis ejemplares. En el clásico sitio de Doncellas existió una estructura con una escalinata de piedras canteadas y alisadas cuidadosamente, y es muy probable que sean de origen tiahuanacota. Esta escalinata formó parte de otras construcciones hoy destruidas, pero sus bloques de toba blanquecina, igualmente alisados, forman parte de paredes más recientes, levantadas con rodados y piedras burdas.

los mejores ejemplares del Noroeste Argentino y en conjunto comparten elementos comunes con la iconografía circuntitacaca aunque su estilo sea muy diferente de los hallados en esta región.

Las placas reflejan parte del proceso de la transformación evolutiva que el centro cultural tiahuanacota experimentó en el tiempo; pero también reflejan el proceso de cambio endógeno del Noroeste Argentino y el sobrevenido alrededor del año 1000 de la e.C., época en que desaparece la cultura de La Aguada por influencias llegadas al parecer desde las florestas tropicales y el Chaco. Estas influencias incidieron en las ideas religiosas e inducen el cambio que se advierte en las placas del Período Tardío, las que perduraron hasta la época incaica primero, e hispánica después. Algunos testimonios históricos, y sobre todo arqueológicos, prueban que las placas se hallaban aún en uso en el Noroeste Argentino hasta el momento de la conquista europea y perdurando por algún tiempo después de la misma.

Como consecuencia de la invasión hispánica al Noroeste Argentino testimonios documentales testifican la emigración de grupos incas y posiblemente de sus *mitimaes* locales hacia territorios del sur a a 1200 km del centro de la región Valliserrana (flechas 3 y 4, esquema lám. 55,8). Esto debió ocurrir desde la llegada de Almagro al Noroeste Argentino (1536) y continuar en años siguientes. Las referencias a esas migraciones se dan en textos históricos, aparecen en la toponimia y en los patronímicos (ver cap. 13.1) y en algunos elementos arqueológicos. No resulta nada extraño que se recogieran sus vestigios entre los araucanos de Neuquén en este siglo No. 4 de la lám. 55,8). Es muy bien sabido el carácter conservador de la cultura araucana. Quedaría así esquematizada y fundada la hipótesis de una larga dispersión en el espacio y una amplia perduración en el tiempo de las placas metálicas.

Finalmente, debemos referirnos a un problema de índole más general, pero íntimamente relacionado con los temas a los que nos hemos estado refiriendo. En este capítulo y en los anteriores, se han mencionado repetidas veces las «similitudes», «relaciones» o «vínculos» entre las culturas circuntitacaca y las del Noroeste Argentino. Qué alcance concreto tienen cada uno de estos términos y qué significado tienen los objetos o elementos diversos que concretan esas relaciones? Este es un tema harto difícil y que rebasa ampliamente las similitudes o vínculos que puedan establecerse entre las culturas de las dos regiones arriba mencionadas para constituir un problema teórico mucho más vasto. En realidad esto tendría que ser tratado en un trabajo de conjunto sobre las relaciones y origen de las culturas del Noroeste Argentino y especialmente las del Período Medio; nosotros hemos encarado estos problemas parcialmente en diversos trabajos anteriores (González 1985) y tenemos otro ya en gran parte escrito sobre el mismo problema. Aquí sólo daremos algunas someras informaciones que esperamos ampliar en el mencionado trabajo.

Desde los inicios de las influencias de la escuela estructural-funcionalista se ha minimizado el rol de la transmisión cultural de rasgos aislados de su contexto funcional. Sin embargo en lingüística se admite el préstamo de términos aislados; y por otra parte ejemplos como la práctica de fumar en pipa prueban la posible transmisión cultural de esos elementos en forma independiente del resto del contexto. Lo importante es la existencia del contexto cultural y de la capacidad de las culturas receptoras y emisoras de dar y recibir el préstamo cultural. Pueden darse diversos modelos sobre la calidad e intensidad de esos contactos e intercambios culturales.

Hoy ya estamos en mejores condiciones que en la época en que Debenedetti planteaba las «relaciones» de Tiahuanaco con el Noroeste Argentino. La existencia de una cronología absoluta, desconocida entonces, y de un mejor conocimiento de los contextos de la secuencia arqueológica, facilitan la tarea. Pero aún estamos lejos de resultados satisfactorios.

En esta cuestión el problema es muy complejo y se plantean un buen número de interrogantes que habría que analizar separadamente. Aquí enunciaremos esos problemas, resumiendo a quienes han hecho antes esos planteos (Tolstoy 1966); entre los puntos básicos tendríamos: 1. Número de rasgos transmitidos, difundidos o intercambiados. 2. Estructura dentro de la que se inserta los rasgos, y su interconexión funcional. 3. Distribución espacial. 4. Distribución temporal: sincronía o diacronía de

los rasgos. 5. Dirección de la difusión, posible génesis original de rasgos o contextos. 6. Distinción entre parecido (por convergencia) o parentesco (relación genética o histórica). 7. Modelo explicativo de relaciones, vínculos, etc.

Lo importante es que los vínculos interculturales no están en la región que nos interesa restringidos a una sola época o momento cultural. Todo parecería indicar que hubo un proceso de interacción del área circuntítica y sus zonas aledañas desde épocas muy tempranas. Ya en el precerámico algunas industrias líticas—como las de las puntas foliáceas o lanceoladas de tipo Ayampitín, de cazadores andinos— se hallan tanto en el Perú como en el Noroeste Argentino o más al Sur. Lo mismo ocurre con el horizonte de puntas triangulares posteriores, las que llegan hasta Patagonia. Es cierto que hay industrias locales de tipología restringida, pero no pueden negarse algunos horizontes de gran amplitud. Sobre esos grupos de cazadores recolectores se fueron creando o definiendo los primeros núcleos de cultivadores y pastores andinos. Rasgos de la cultura cerámica de Wankarani en sentido amplio, se encuentran tanto en el Noroeste Argentino (Tafi-Tebenquiche) como en el Norte de Chile. Seguramente con alguno de sus rasgos, como la forma de sus habitaciones, el cultivo de tubérculos andinos, la cría de la llama, llegaron también sus creencias religiosas. En este trabajo se pone de manifiesto que las placas ovales de oro junto con las de forma de ocho y de forma de I que se hallan tanto en el área circuntítica como en el Norte de Chile y Noroeste de Argentina y Bolivia, debieron comenzar a difundirse en el año 600–500 a.C. o antes.

En otra cultura contemporánea en parte a Kipón–Tebenquiche, como Tafi, se encuentran otras expresiones de la influencia circuntítica como la litoescultura monumental de estelas. En Condorhuasi y Ciénaga aparecen las primeras influencias Tiahuanaco en cerámica y metal. Esas influencias llegan progresivamente en el tiempo, pero al parecer de manera constante, sin cambios demasiado bruscos. La mayor transformación y las más fuertes influencias ocurrieron en la cultura de La Aguada, las que aparecen en la iconografía, tanto en metal como en cerámica y arte rupestre, reflejando el cambio de las ideas religiosas. Esta es la época de la aparición de las placas complejas del Período Medio, indicador posiblemente de la entronización de la deidad solar en Tiahuanaco.

Los modelos interpretativos sobre «influencias», «relaciones», «vínculos» entre Tiahuanaco y las áreas aledañas son muy diversos. La mayor cantidad se han formulado para el Norte de Chile, como Arica y San Pedro de Atacama. Los diversos modelos (Browman 1985; Orellana 1985), quizás pueden sintetizarse en unas pocas proposiciones:

1. Dominio militar y socio-político directo a través de colonias Tiahuanaco (modelo de archipiélago).
2. Influencias a través de intercambios comerciales:
 - 2.1. Directa, desde el centro a la periferia y regreso;
 - 2.2. Indirecta, con puntos intermedios de entropot.
3. Influencias de tipo religioso o shamánico (modelo Callaway).
4. Combinación de 2 y 3.

Quizás a las anteriores habría que agregar un posible cuarto modelo, el religioso-militar, de algunos señoríos periféricos, como los que se dieron en el Noroeste Argentino. Aquí los elementos de seguro origen tiahuanaco son escasos. Sólo se han hallado una media docena de keros de oro o dorados, todos en la región Humahuaca o Puna de Jujuy. No se han encontrado vasos de cerámica o vestigios de otra naturaleza que atestiguan un intercambio activo. Quizás pudo haber textiles u objetos de madera traídos junto o paralelamente con las piezas de metal, pero éstos no se han conservado. Las influencias Tiahuanaco en la región Valliserrana supuestamente llegaron a través de San Pedro de Atacama, pues existen muchas pruebas de esta interrelación recíproca entre este oasis y el Valle del Hualfín.

Descartada por ahora la influencia político-militar y comercial permanente y de dominio de Tiahuanaco en el Noroeste Argentino, nos quedan evidencias de los temas de la iconografía, que reflejan

un rico y complejo sistema religioso. Este pudo difundirse desde Tiahuanaco y por intermedio de los sacerdotes o shamanes que periódicamente visitaban aquel centro de peregrinaje religioso, análogo a los verdaderos shamanes y herbolarios callawayas tuvieron origen post-hispánico (Saignes 1983), las pruebas arqueológicas nos indicarían una gran antigüedad. Pero este modelo de shamanes intercambia ideas y creencias religiosas y prácticas curativas, necesita un análisis más amplio en este caso. Tanto en San Pedro de Atacama como en el Noroeste Argentino la aparición de la iconografía de influencia de origen Tiahuanaco va acompañada de la práctica cruenta y extendida de sacrificios humanos. Es muy difícil que éstos pudieran realizarse de manera totalmente pacífica. La iconografía muestra guerreros armados y con gran despliegue de atuendo ritual. Hay pues un componente guerrero definido. De ser así esto contradice la imagen de una difusión pacífica de ideas religiosas. ¿Es posible la difusión de prácticas religiosas y militares unidas, sin anexión y conquista? El problema es harto difícil de resolver, pero la gran dispersión geográfica, en culturas muy diferentes de Bolivia y Argentina de las placas complejas, y por ende de su contenido religioso, indicaría un amplio intercambio entre shamanes de esas culturas; pero ¿cómo se explica el despliegue guerrero paralelo? Es aquí que creemos debe elaborarse un modelo diferente al Callaway, en que las ideas religiosas son impuestas por un grupo de sacerdotes guerreros muy belicoso que usa de cruentos sacrificios y crea en lo político señoríos independientes del gran centro cultural tiahuanaco, pero con el que de alguna manera mantiene vínculos, sobre todo religiosos.

13.4. VARIANTES TIPOLOGICAS Y VARIANTES SIGNIFICATIVAS DE LAS PLACAS

13.4.1. Placas complejas del tipo del personaje de «las manos vacías»

Por lo que hemos expuesto sobre la imagen de Punchao, de acuerdo con las diversas fuentes conocidas, ésta coincide en buena medida con las placas complejas del Período Medio tipo Lafone Quevedo y con las seis placas que son idénticas o casi idénticas con este disco (lám. 49,D). Un problema que queda en pie es qué significado tienen las placas, emparentadas genética, estilística y formalmente con aquéllas, pero que presentan variantes tipológicas bien marcadas, sobre todo en los elementos figurativos que las integran. Nos estamos refiriendo especialmente a las placas con doble personaje central del tipo Andalhuala (ver *cap. 6.2.2.1.4.*), y las del grupo del «sacrificador» (*cap. 6.2.2.1.2.*).

Se impone buscar una explicación de estas variantes. ¿Se trata de la misma deidad en todos estos casos? ¿Pero y las placas lisas? ¿Y de ser así por qué estas variantes? El problema es altamente complejo. Intentaremos formular algunas hipótesis tentativas. En primer lugar en las placas del tipo Lafone Quevedo el personaje central—de indudable mayor jerarquía— domina ampliamente la superficie de la placa. Los demás elementos son atributos secundarios agregados. En todos estos casos el personaje carece de armas o signos relacionados con el culto marcial o sangriento que pudiera indicar sacrificios humanos. El rango jerárquico del personaje lo dan su tamaño sobresaliente y quizás la posible representación de la nariguera, las ropas decoradas con figuras geométricas de cierta constancia de elementos secundarios como la espiral, el escalonado con peine etc. Los felinos y la figura reptiliana bicéfala laterales son atributos más o menos constantes. Dentro del campo de diseño del disco aparecen figuras geométricas que se repiten: la cruz de Malta, círculos concéntricos, semicírculos. No hay duda de que estos elementos geométricos debieron tener significados simbólicos precisos. Algunos de ellos, como la cruz de Malta, se hallaban ya en el centro de las placas ovales del Período Temprano (ver *cap. 6.1.2.1.*).